



DOMINGO MELFI
1931-1945

M. R.

DOMINGO MELFI O LA CRITICA EN SIMPATIA

Quince años estuvo *Atenea* bajo la dirección de Domingo Melfi. Le imprimió su espíritu —dignidad, discreción, gentileza— en sus estudios y críticas y en sus actitudes de convivencia humana. Homenaje a su labor literaria son estas aproximaciones en las que el hombre y el escritor se perfilan en la integridad de sus condiciones intrínsecas.
M. R.

LA IMAGEN humana y literaria de Domingo Melfi emerge entera de los recuerdos, plena de las virtudes que configuraron su personalidad. A través de los años de tan larga y definitiva ausencia, su imagen intelectual y moral se perfila nítidamente, acentuadas las excelencias de su índole. Su expresión era limpia y serena y en sus actos se conducía con la mesura del que huye de toda exageración y estridencia.

Melfi hablaba poco. Sonreía con bondad, recatadamente. No era fácil conocerlo. Sus silencios, sus modales suaves, la serenidad del semblante, su mirar velado por amable tristeza, daban a su persona aire de ausencia, de estar en una realidad distante a la inmediata de aquellos con quienes alternaba circunstancialmente. Prefería oír, observar, antes que mezclarse en la charla bullente y trivial. Pudo tomársele por un tímido que rehuía las actitudes efusivas. Quienes lo conocieron en forma superficial podrían creerlo un temperamento frío, sin pasiones intensas ni menos rebeldías de aquellas provocadas por injusticias o egoísmos sociales. Bastaba adentrar un poco en su intimidad para saber de sus estados emotivos, arremansados en las profundidades de sus sentimientos. Demostración de ello es su prosa en la cual, tras el equilibrio de la textura, vibra dolorido e indigno ante el drama de los humildes y desamparados. Asimismo su voz

enronquece, sin menoscabar su congénito señorío, al comprobar la decadencia moral de la sociedad y la falacia de quienes se sirven de la política para su vanagloria y usufructo. Su palabra cobra, entonces, acentos admonitorios, apocalípticos, como si profetizase nechos tremendos, catástrofes inevitables. Pero también se ilumina de optimismo, con entonación lírica, cuando percibe el acento ilusionado de la juventud, cuando atisba en la tormenta resquicios de paz y alegría, un nuevo amanecer de la humanidad.

Aun cuando no fue abundante el número de libros que dejó a la posteridad, su quehacer literario fue copioso y de gran significación. Desperdigados en diarios y revistas, quedan numerosos estudios suyos, escritos desde la adolescencia, cuando un imperativo vocacional lo hizo dedicarse sin tregua a las letras. Si bien fue periodista y ocupó el cargo de director del diario "La Nación" de Santiago de Chile, no actuó como noticiero de lo cotidiano ni se afaná por situaciones efímeras.

Desde la ciudad provinciana de su residencia permanente —Talca— impuso en los círculos literarios de Santiago a *Julián Sorel*, y acaso no pocos conocieron este nombre con que se encubría un joven escritor chileno antes que a través de la lectura de la inmortal novela de Stendhal. En nuestros años de juventud leíamos deleitosamente a este *Julián Sorel, talquino*. Nos parecía encontrar en su prosa cierta similitud con la del uruguayo José Enrique Rodó, por los períodos redondeados proclives a la unción oratoria. Junto con abandonar el seudónimo de *Julián Sorel*, nos pareció advertir en la prosa de Melfi mayor agilidad, movimiento, precisión, a fin de encuadrarla con la dinámica de los asuntos sociales y morales que tanto lo inquietaron y que constituye como un *leit motiv* de sus artículos y ensayos.

Trataremos de determinar, en medio de los variados caminos de que se vale la crítica, el que Melfi recorrió, sin salirse de aquella constante de comprensión y cortesía que orientaron sus actos. La semblanza, en rasgos amplios, que de él hemos trazado, nos da, en cierta medida, la clave de la tónica de sus enfoques críticos. Recordemos su conducta dispuesta a la complacencia, a evitar todo personalismo, a estimular a los jóvenes, a exaltar los valores literarios de inspiración autóctona; y si a ello unimos su idealismo, de vigoroso sentido romántico, su fervor por los viejos lemas, ya desteñidos, de la Revolución Francesa, que compaginaba con los anhelos por el advenimiento de una sociedad edénica, sin odios, pobreza y amarguras, bien podemos deducir que las críticas suyas tenían las características esenciales de su idiosincrasia.

El mismo se encargó, en más de una ocasión, de exponer sus conceptos sobre la crítica y que correspondían justamente a la forma cómo la ejerció. "El crítico —escribió— abre al autor y al lector o entre éste y la obra una vía de comprensión, una arteria cálida de luminosa simpatía. Para entrar en los dominios secretos de la naturaleza hace falta un corazón dispuesto al goce, un espíritu embargado en el deleite de la estimación, capaz de crear y de convertir en amor lo que en apariencia no es sino vastedad misteriosa". Luego agrega: "En el crítico existen en potencia los resortes de la intuición y de la adivinación. Una obra está animada por un mundo propio que el crítico pone de relieve, al descubrir la misteriosa estructuración de su interna fuerza vital".

En el párrafo transcrito se pueden distinguir tres conceptos fundamentales sobre las condiciones del crítico y la función que le incumbe. Se refiere el primero a la relación entre el lector y la obra y el papel del crítico de abrir entre ambos "una vía de comprensión, una arteria cálida de luminosa simpatía". Si el crítico no tiene esta voluntad de comprensión y simpatía como previa a todo juicio, corre el riesgo de que derive a la aplicación de normas de rancia retórica, a que sólo se detenga en efectos gramaticales, en errores lexicográficos, y no repare en los elementos estéticos, que son los que provocan la emoción en el lector, o en los valores humanos, que despiertan el interés en quienes leen en busca de un mundo desconocido o de nueva luz para el rincón de su mundo íntimo.

La frase de Melfi "hace falta un corazón dispuesto al goce", reafirma el concepto anterior de la voluntad de comprensión y simpatía, de que el ánimo de todo lector de obras literarias es enriquecer su sensibilidad, participar de la vibración de belleza que el libro le proporciona. Quien carezca de ese "corazón dispuesto al goce", más vale que no lea literatura de calidad en que lo esencial es la realización estética en su doble aspecto de creación y expresión.

El tercer concepto, el de mayor trascendencia, establece que los resortes que impulsan al crítico son "la intuición y la adivinación". Casi resulta obvio glosarlo. Indudablemente, el primer impacto que recibimos al iniciar una lectura nos llega por el camino de la intuición, de esa actitud de la inteligencia que permite llegar al conocimiento directamente sin que intervengan la razón ni el pensamiento discursivo, como una súbita iluminación de la conciencia a través de una antena invisible. Agrega Melfi la palabra "adivinación", que resulta pleonástica cuando se la identifica con la acepción simple de intuición.

Comprensión, simpatía, intuición. He ahí los tres resortes que impulsaron la labor crítica de Melfi y que, a la postre, fue altamente

estimulante para los escritores, y tan comprensiva de esa literatura inspirada en seres y hechos de nuestro medio geográfico social.

Si consideráramos los nuevos métodos usados en la crítica de nuestros días, que pretende ser cada vez más analítica y científica, tendríamos que reconocer que nuestro autor se quedó en el punto de partida, que desemboca en la crítica impresionista, fundamental en muchos sentidos y de gran respetabilidad en quienes la practican sin otro propósito que mostrar sus propias reacciones frente al libro leído, ausente todo personalismo que altere arbitrariamente esa limpieza de propósitos. Pero el estudio completo y profundo de una obra exige adentrarse en la esencia humana de ella, descubrir las peculiaridades del estilo, sincronizar el sentimiento que la estremece, situarla en una categoría, valedera en el proceso artístico universal. Que nada circunstancial y efímero oscurezca el enfoque. Muchos son los instrumentos que se señalan para lograr tan amplia finalidad: el método histórico-biográfico, la estilística, los aportes de caracterología, el método formalista, sociológico, etc. Aun cuando se recorran esos caminos y muchos otros, seguramente nunca se llegará a juicios o conclusiones tan exactos o verdaderos como los de la ciencia de la naturaleza.

La actitud de Melfi, de comprensión y benevolencia, es muy explicable, porque para él la crítica en Chile debe estar determinada por nuestra realidad cultural. Sabía que un pueblo joven, cuya literatura tiene los defectos propios de su mocedad, es necesario infundir en el escritor, sobre todo si se inicia en las letras, valor, alegría, entusiasmo, a fin de que persevere en ellas y ha de evitarse, por tanto, zaherirlo, condenarlo implacablemente. Juzgaba Melfi en simpatía. Le interesaba avivar, vigorizar el fuego que arde en las entrañas del artista verdadero, potenciar sus facultades creadoras y, al mismo tiempo, ayudar al lector en su búsqueda de emociones, de ideas, de belleza.

Advertimos en sus trabajos que pasaba a veces por alto los ingredientes puramente estéticos para valorar aquellos de mayor densidad humana y proyección social. Podría hoy considerársele como un adicto a lo que se ha llamado literatura "comprometida". Mas no fue Melfi ningún incondicional de partidos o credos políticos en los que el sectarismo limita la comprensión y recorta las perspectivas. Fue un moralista, un soñador inquietado por el destino de una nueva sociedad más justa que ésta en que vivimos. Fue, por sobre todo, un poeta, un alma sensible al dolor humano y a la grandiosidad de la naturaleza.

Detengámonos en algunos de sus libros para subrayar aquellos aspectos que dan a Melfi categoría eminente en la historia de las letras chilenas. Son las nuestras, acotaciones de lector presuroso y no hay en ellas intención de calar en profundidades. *Pacífico-Atlántico*, *Estudios de la Literatura Chilena*, *El Hombre y la Soledad en las Tierras Magallánicas* y *El Viaje Literario* son los títulos de sus libros más importantes, cuatro hitos en su labor de escritor que demarcan nítidamente su trayectoria como intérprete de la vida chilena en la realidad de su tierra y en la belleza de sus creaciones literarias.

En *Pacífico-Atlántico* recogió Melfi sus observaciones y reflexiones sobre Uruguay y Argentina, países que visitó en misión periodística. Más que notas rápidas y pintorescas, adentra el autor en el alma de esas tierras. Para él todo hecho externo, objetivo, incluso la misma configuración topográfica, encierra un sentido social. Junto con darnos la emoción del paisaje capta su aspecto humano. La pampa infinita y su habitante genuino —el gaucho, para quien la lucha por la vida es fácil y llena de posibilidades— le sugieren situaciones propicias al examen de psicología social, especialmente cuando compara al gaucho con el chileno de la montaña, que vive en permanente actitud de repechar cuesta arriba. Así como la pampa moldeó el alma del gaucho, la tierra montañosa de nuestro país, con sus valles exiguos, ha conformado un tipo humano muy distinto al argentino. No se detiene Melfi en revelarnos la grandeza material de los países visitados. Le preocupa, ante todo, el hombre. Ve en Argentina y en Uruguay la gestación de un nuevo ser humano, formado de la confluencia de las razas más disímiles. En esos dos países se ha estado incubando un tipo americano que nada tendrá de común con los hombres de rostros tostados y facciones bastas del resto de Hispanoamérica. “Allí —escribe— estaban persiguiéndose razas y hombres. De su delirante confusión debería surgir, sin duda, una moral nueva, un hombre nuevo, armado con toda la potencialidad que era resumen o mezcla del jugo de la tierra y del nervioso espíritu de las razas vehementes de Europa”.

Llevado por el entusiasmo de sus aproximaciones a una interpretación demasiado generalizada, se desliza hacia lo poemático en desmedro de la sistematización rigurosa y de pruebas suficientes con que afirmar sus asertos. Ello se aplica si nos atenemos a la condición de su idiosincrasia. Ya expresamos que era ante todo un poeta, vale decir, un intuitivo que asienta sus afirmaciones en la reacción inmediata de sus captaciones sensibles y no en documentación rigurosa científica.

Pacífico-Atlántico atrae, entusiasmo, por la gracia de la prosa, la ondulación de los períodos, la riqueza expresiva, concentrada, sin esa ampulosidad de sus escritos de juventud. A la llama rutilante, ha sucedido la brasa, de calor más intenso y duradero.

En su obra *Estudios de Literatura Chilena* campea Melfi en terrenos de su pertenencia. Dueño de sus dominios, exhibe sus condiciones de crítico en la forma como él entiende esta actividad literaria. Dista mucho de subscribir el concepto de Oscar Wilde de que el arte es inútil y de que el artista es sólo un creador de cosas bellas. Según Melfi, al artista, o más propiamente al literato, América le reserva una misión más trascendental. Debe el escritor vibrar con los problemas que angustian a los seres, sintonizar el dolor colectivo y expresarlo no sólo con la finalidad de provocar el placer estético, sino de exaltarlo. Por eso, a nuestro crítico le interesan los escritores que se nutren del drama de estas tierras y cuyo arte afinca en lo vernáculo, en lo genuinamente americano.

Dice Melfi que "en una tierra como la nuestra, erizada en el elemento humano por series sucesivas de injusticias, por el aislamiento voluntario de las llamadas clases sociales, corresponde una labor novelesca de ardor y de crítica". Y agrega: "no es preciso que esta crítica sea el tema constante, sino simplemente la emanación que surge de una presentación clara y firme de los hombres que viven y han vivido agitados por innumerables pasiones y contradicciones. El arte sutil de los que escriben para decorar con una lumbre ceñida y fina el ocio de los afortunados puede ser una expresión refinada de creación. Es hasta preciso que ello exista y viva. Pero no es todo el arte, ni es exactamente una expresión integral de la obra artística".

De las expresiones transcritas, se desprende que a Melfi le preocupan aquellos escritores que han dado en sus creaciones una tónica rotundamente social. Un solo poeta encontramos en *Estudios de Literatura Chilena*: Carlos Pezoa Véliz, y no en el aspecto estrictamente poético, sino en aquello que refleja el vivir humilde y desamparado de nuestro pueblo. Alberto Blest Gana, Daniel Riquelme, Federico Gana, Baldomero Lillo, Luis Orrego Luco y otros escritores que buscaron en nuestra sociedad —clase adinerada, media o proletaria— las motivaciones de sus narraciones, son enfocados desde el punto de vista del hombre y su medio. Por eso si algún reparo le merece la novela o el cuento de ambiente campesino, es la excesiva extensión a la parte descriptiva con desmedro de lo humano.

En estos *Estudios de Literatura Chilena* subraya Melfi la inquietud de nuestro pueblo por evadirse de su situación menguada y enfrentarse con una sociedad refractaria a modificar costumbres y formas

tradicionales y rancias. El idealista, el soñador, aflora en los conceptos y las palabras, sin descender a la exaltación demagógica.

Magallanes, sus hombres y su tierra es otro de sus libros en que exhibe sus calidades de prosista cabal. Advertimos en esta obra la emoción que en su espíritu suscitó esa región austral, con su belleza huraña y soberbia. Nos historia, además, la vida de los conquistadores rastreada hasta la época del dominio de la naturaleza por el hombre. Revive el drama sordo y reciente por la conquista de esos lugares desolados, pero fecundos, entre el chileno pendenciero y desaprensivo y el extranjero frío y explotador.

Si había en Melfi un moralista y un soñador, junto a un crítico que juzgaba generosamente, era el suyo, por sobre todo, un temperamento poético, un artista que, cuando se estremecía ante las bellezas del paisaje, se dejaba arrastrar ante la efusión lírica de su prosa fluida, rica en matices. Chiloé y Magallanes se recortan en el paisaje con esa nitidez de los contrastes que las sensaciones visuales provocan en quienes saben ver y sentir. Comarcas de un verde intenso y perenne, canales de quietud profunda, naturaleza hostil, picachos erizados, hielos sempiternos, borrascas, hombres afanosos, agrupados en aldeas y chozas primitivas, restos de pueblos aborígenes en vías de extinguirse, luchas entre el ser humano y el medio adverso y, por todo ello, la inmensidad infinita de las aguas y la desolación de las tierras. Visión de conjunto es la que nos proporciona Melfi, ni lento ni presuroso, para lograr una sensación plástica de aquello tan inasible e impalpable como son la soledad y el silencio.

Tomemos al azar un trozo de este libro donde vibra el poeta con toda su intensidad emotiva: "El agua se encalma prodigiosa de sueños, se extiende tersa igual que una lámina. El espesor de los bosques que se precipitan sobre la ribera tamiza su vaho de algas sobre el liso cristal. No se sabe si el cristal es azul o es verde, tan tangible es la compenetración de un color en otro". Y este otro trozo: "Hilachas de agua espumosa caen desde lo alto de los cerros al canal. Miradas a la distancia parecen inmóviles, tal que si se hubiesen detenido, congeladas. Pero a medida que nos acercamos, su rumor de cascada enciende la sensación de vida. Es la vida única que vibra en medio de ese silencio azul y verde de la naturaleza. La luz está limpia, liviana. Parece formada por la nieve más pura, por el verde más tierno y por el azul más diáfano. Una luz sin estremecimiento, como aposentada entre el cielo y la tierra. La nieve que corona los picos agudos, explende blanda y cegadora".

Aun cuando el paisaje pudiera sobrecogerlo emocionado, Melfi no olvida ese escenario de soledad para revivir el drama de los indios y

aventureros que enfrentaron esa naturaleza, aquellos para sobrevivir, éstos para conquistarla. Así, los alacalufes y el rumano Julio Popper.

Magallanes, sus hombres y su tierra ha sido considerado como uno de sus libros de mayor jerarquía literaria tanto por su estilo de tan variados recursos expresivos como por el enfoque de un mundo donde la arbitrariedad de la geografía de Chile se muestra en toda su grandeza esencial.

Estimación igualmente destacada ha de tener su obra *El Viaje Literario* en que vemos al escritor captar intuitivamente a través de sus viajes por libros antiguos, aquellos hechos empolvados por el tiempo y a los cuales él sacude la capa de olvido que los cubre.

Sin alarde de erudición y sin prescindir de los documentos vivos como son los diarios y las revistas, revive, en cabal postura humana, a escritores del siglo pasado o principios del presente en la propia atmósfera en que discurrió la existencia de ellos. Esos documentos vivos le proporcionan la luz de la época y su emoción interpretativa. El artista oculta al historiador, y más que la verdad de los hechos, nos impresionan las tonalidades de los cuadros con que él parece renacer ante nuestros sentidos. Podrá tacharse de falta de método este procedimiento de Melfi de ambular por la historia literaria sin sujetarse a normas ni a un orden cronológico rígido. Tales reparos serían justos si él se hubiese propuesto escribir un libro de crítica o un tratado de historia literaria. Nos advierte, en palabras preliminares, cuál fue la intención que lo impulsó a escribirlo. "Un viaje a la deriva —dice— sin prisas, sin itinerarios estrictos e inevitables, sin compromisos con nada ni nadie, al azar de los encuentros, en los sitios más inverosímiles del espíritu y la vida, con la sorpresa de recuerdos que ya parecen amigos envejecidos y tristes, o con emociones renovadas por la larga profundidad de los afectos".

Encubren estas palabras una confesión de su actitud ante la vida y los libros. Hizo Melfi su destino sin prisas, sin itinerarios, sin compromisos de ninguna naturaleza; y viajó por los libros un poco a la deriva, impulsado por circunstancias imprevistas. Como en todo temperamento sensible, en el suyo se escondía un romántico que añoraba distantes tiempos esfumados por esa poesía que nace de la nostalgia y del acento emotivo que impregna todo hecho pretérito. Basta revisar algunos de los estudios que figuran en *El Viaje Literario*, para confirmar esta actitud crítica suya. Así, encontramos trabajos sobre Jotabeche, René Brikles, Eliodoro Astorquiza, Rubén Darío en Chile, Joaquín Díaz Garcés, Juan Agustín Barriga, etc. No se olvida de los contemporáneos, como que hay notas sobre Eduardo Barrios, Mariano Latorre y Luis Durand.

En unas notas sobre crítica, glosa el pensamiento que sobre la crítica formuló Ortega y Gasset y que en cierta medida implica una definición. "Veo en la crítica —escribió el autor de *Meditaciones del Quijote*— un fervoroso esfuerzo para potenciar la obra elegida. La crítica no es biografía ni se justifica como labor independiente, si no se propone completar la obra. Esto quiere decir, por lo pronto, que el crítico ha de introducir en su trabajo todos aquellos utensilios sentimentales e ideológicos pertrechados, con los cuales puede el lector medio recibir la impresión más intensa y clara de la obra que sea posible. Procede orientar la crítica en un sentido afirmativo y dirigirla, más que a corregir al autor, a dotar al lector de un órgano visual más perfecto. La obra es completa, completando su lectura".

Melfi recoge estos conceptos y los precisa con el aporte de su personal pensamiento sobre la crítica, que consiste para él en "animar la obra con el soplo de la simpatía y envolverla en una atmósfera favorable que la haga comprensible y apta para ser penetrada por el lector; por ese lector medio de que habla Ortega y Gasset, ese lector que debe ser guiado y no desviado de su deseo de saber y de entender, por el reflatamiento en la función crítica, de pasioncillas y rencores personales".

Las palabras citadas reafirman conceptos nuestros anteriores cuando dijimos que Melfi juzgaba en simpatía, movido por la intención de animar, de estimular, con generosidad, "sin pasioncillas y rencores personales", según sus propias palabras.

En el trabajo titulado "Chilenidad, criollismo, paisaje...", retoma nuestro crítico el tema enunciado en esas tres palabras. De acuerdo con su concepción social de la literatura, debe ella ser reflejo, lo más real y justo posible, del hombre y el medio y trascender el drama de los pobres. Para Melfi "chilenidad" y "criollismo" son expresiones sinónimas y en su raíz conceptual son "la exaltación de los humildes, de los insignificantes, de los que sufren y padecen amarguras, derivadas de sus mismas condiciones de existencia". Por esta razón no sólo exalta la literatura criollista, sino justifica la importancia que al paisaje dan los autores que ambientan sus relatos en el campo, como es el caso de Mariano Latorre, cuyos personajes se identifican con el medio. Reconoce en Latorre no sólo al artífice del idioma, sino además, a un forjador de creaciones de fuerte personalidad.

Igualmente generoso es con Luis Durand. Traza del autor de *Frontera* una semblanza viva, humana, que sirve de antecedente para interpretar sus relatos campesinos surgidos de las propias vivencias del narrador. Bien se podría decir que para Durand escribir era recordar sentimentalmente su niñez y juventud transcurridas en su tierra

natal. A la inversa de Latorre, que iba tras el campo en busca de ingredientes para aderezar sus cuentos, Durand llevaba en su corazón el campo, como parte de su propia naturaleza. Mientras el primero realizó con mayor conciencia y arte su misión creadora, en el segundo reconocemos mayor espontaneidad y sentimiento. Más artista Latorre; más humano Durand. El siguiente retrato psicológico que de Durand hace Melfi vale como juicio de gran penetración y exactitud: "Quizá no haya un escritor campesino como éste que haya dado al diálogo, desde luego, una realidad tan directa, tan objetiva y tan sencilla. Las cosas le entregan su esencia poética. Los hombres con menos espontaneidad. Las cosas inanimadas y sin embargo, vivas y vigorosas le dan un sentido a su propia condición de narrador. Los hombres van y vienen tales como son. Los hace caminar casi siempre a caballo, al atardecer y en la noche, a la orilla de las cercas, o por los caminos cascajosos, o los hace andar a la aventura, por los potreros y los cerros. Pero el campo se reviste de poesía, de un amor casi lírico. Porque el mismo es un corazón sensible, sentimental. Un corazón capaz de emocionarse con los sucesos más íntimos o menudos del campo. Algunas de sus manchas de paisaje, por ejemplo, parecen hechas a veces en un sueño. Tan limpias y puras, se revisten de esa luminosidad encantada que suele tener el paisaje en la zona de los sueños. Y porque a veces el paisaje real es también como un sueño, en la diafanidad de la luz que lo envuelve".

No podemos olvidar el último libro de Melfi, publicado pocos días antes de su fallecimiento, *Tiempos de Tormenta*. Percibimos en las páginas de esta obra ese tenue velo de melancolía que conlleva todo poeta, reflejada, en este caso, en el acento nostálgico nacido de lo hondo de su alma al contemplar cómo sucumben edificios magníficos para ser reemplazados por otros que se adapten mejor a los nuevos tiempos. En esos edificios simboliza Melfi la vieja sociedad que tanto se enorgulleció de sus blasones heráldicos y que en nuestra evolución social tambalea remecida por otra formada por advenedizos enriquecidos.

A pesar de que Domingo Melfi había nacido en Italia y era sangre de allí la que circulaba por sus venas, pocos críticos chilenos fueron más generosos y estimulantes que él al enjuiciar nuestra literatura de prosapia castiza, vale decir, nacional o casta, por estar incontaminada de imitaciones foráneas. La vida y obra de Domingo Melfi se proyectan como un magisterio sin término en los escritores que buscan en la autenticidad de la tierra y el alma chilenas la motivación esencial de sus creaciones.